

Al otro lado de la ventana

por Gabriel Mamani Magne

Al otro lado de la ventana, el Illimani. Ni siquiera debes levantar la cabeza. Tan solo abres los ojos, miras al frente, y está ahí: como en una pantalla de cine o en el reflejo de un lago. Nunca lo has tenido tan de frente y nunca ha sido tan fácil encontrarlo. Son amaneceres hermosos.

Tu cuarto es perfecto. Unipersonal, baño privado, televisor de buen tamaño, una gran ventana. El cuarto perfecto para un becario, piensas. El cuarto que esperas encontrar cuando, de aquí a algunos meses, te toque partir una vez más.

Toda observación optimista, claro, se diluye apenas recuerdas que estás en el cuarto piso de un hospital del que casi no sales vivo y que tu cama, hoy por hoy, es un privilegio. La belleza del Illimani de la ventana es incompatible con el dolor que flota en estas habitaciones. Incompatible. Pero un consuelo: este paisaje es, quizá, lo más cercano a la belleza que muchos como vos pueden alcanzar en su situación.

Con todo, la rutina te ha domado. Despiertas temprano, junto con el cielo paceño. Tus ojos se abren cuando las luces de los faroles de la ciudad se apagan. El día se va afianzando en su claridad mientras tu mente se afianza en tu nueva realidad, que cada vez es menos nueva: hoy se cumplen dos semanas desde que entraste a este hospital por primera vez.

Clic, clac. Clic, clac. Tu vida se ha acomodado al compás, a la relojería hospitalaria. Clic, clac. Despiertas a las 6:30. Despiertas de verdad a las 7:00. La enfermera te quita sangre. Te da una batea con agua caliente para que te laves la cara. A las 9:00 enciendes el celular, es decir, enciendes el mundo, y ese mundo entra en colisión con el mundo interior que habita en vos, y “your lips, my lips, apocalypse”, como diría la canción, y mueres un poco.

Lees un par de horas. Algo sobre Marruecos y España, Kundera, algo sobre Lispector. Almuerzas a las 12:30. La enfermera, que se ha hecho tu amiga, te da doble segundo. Clic, clac. El evento mayor son las comidas. Suena Gladys Moreno, seguida de Roberta Flack. Comes lento, porque comer es el único placer que te queda, además de leer: nunca un pollo sin sal ha sabido tan delicioso. Suena “Sure Know Something”, de Kiss, y abres la tapa de la gelatina como quien abre... Mejor no sigues. La memoria y el confinamiento son malas consejeras. Sin embargo, la canción es demasiado sensual como para no permitirse un recuerdo del fuego, ese fuego cuya mecha nació hace tanto y hasta hoy no se apaga. Abres la galería de fotos. Te pierdes en la imagen: cierras los ojos y te das cuenta de que nunca debiste haber tomado una foto de ese momento. Ese recuerdo tiene la suficiente fuerza para vivir dentro de ti por sí solo.

Las tardes están rellenas de chat, llamadas, siesta y lectura. El orden no importa. Y son estas horas en las que más lejos del mundo te sientes, como el rocket man de Elton John: lejos, triste, pero, de alguna forma, cómodo. Miras videos en Youtube. Fútbol viejo que no es tuyo. La mano de Suárez en Sudáfrica 2010. Te emocionas cuando el loco Abreu hace la picada y lleva a su equipo a la semifinal. Te sientes un poco uruguayo. Qué digo un poco: muy. Piensas en Onetti y en No Te Va Gustar y en un mate. Puaj. Qué asco el mate. Eres boliviano. Un boliviano que se alegra como uruguayo cada vez que ve videos de Forlán y que putea como peruano al leer noticias de Keiko Fujimori y que canta “Dos mujeres, un camino” de Bronco como mexicano cincuentón de los noventa.

Hablas con tu madre. A estas alturas lo más importante en tu vida es su voz, así que estiras la charla lo más que puedes. Recién te das cuenta de que, cuando entraste al hospital, no tuviste tiempo de despedirte de ella. DE ELLA. Tampoco de tu hermano. Te lo reprochas en silencio mientras ella hace énfasis en que debes cambiar tus hábitos alimenticios. Entonces haces una lista mental de todo lo que vas a comer apenas te recuperes, y ese pensamiento, tan profano como el que trajo Kiss, te retrotrae a tu vida pasada, a los días en los que la felicidad se componía de un pedazo de pollo frito o audífonos en los oídos mientras subías a pie por la avenida Montes. Eres tan básico que lo primero que deseas hacer cuando te den de alta es comer un pollo frito. Cuando regresaste de Brasil, tu tía te preparó un ají de fideo. Casi te atragantaste por comer tan rápido. Tu única patria es la lengua.

Cae la noche sin necesidad de jalar de su persiana. Cae lentita, como una burbuja, produciendo un estallido de colores al otro lado de la ventana. Debajo del hospital hay una cancha de pasto sintético. Tomas fotos. Algún día vas a volver a La Portada y vas a jugar en esa cancha y vas a meter un golazo y tu amor te aplaudirá y tus amigos te abrazarán. Te lo prometes. Será un gol furioso. Quizá el 1 de un 5 a 1 en contra de tu equipo. El gol del honor. De repente sientes rabia. Vuelves a ser tú. Rabia: te gusta esa palabra. Hace un tiempo leíste un cuento de Claudia Michel con ese título. No recuerdas la trama, pero sí la sensación que te dejó esa trama. Eso es lo que hace un buen relato.

Visita de la enfermera. Le haces reír; te dice que dios está contigo. Es difícil distinguirlas, pues todas lucen un traje onda Among Us. Las diferencian los aspavientos, el movimiento de los dedos al cambiar de suero, la forma en la que te arropan, los detalles. Una de ellas te dijo que los hombres no lloran, que porque eres hombre no tienes derecho a sufrir. Le dijiste que lloras, que de hecho has llorado mucho estos días, y ella te miró con ternura y te dijo que tus ojos eran bonitos. Ahora entra una enfermera bajita con tu dolor en las manos. Una inyección en el ombligo. Duele dos, tres segundos. Lo que duele ver una imagen que te destruirá el alma, lo que dura un te amo, un ya no te amo, lo que dura el viaje de una pelota al arco. Dos, tres segundos: ¿cuántas bocanadas de aire caben en ese tiempo?

La cena es el corolario de un día más a punto de cerrarse, una línea más en el muro del prisionero. Te gustaría encender la tele, pero, incluso aquí, con todo el aburrimiento del mundo a tu disposición, mirar esa caja te sigue pareciendo algo muy estúpido. Aunque, claro, qué no darías por mirar *The Office* en esa pantalla. Te hace feliz lo feliz que has sido al ver esa serie. La carne está suave. El arroz sabe delicioso. Buena música. Un Illimani hermoso frente a vos. Todo está en orden, pero sientes que falta algo. Luego de algunos minutos, ya sabes qué es. O mejor dicho: quién.

Se trata de Niro, tu antiguo compañero de cuarto. Desde que te transfirieron a esta nueva habitación no sabes de él. Casi te dobla la edad y te hablaba con cariño. Su saturación de oxígeno andaba bien, pero su estado emocional era preocupante. Intentabas darle ánimos, escucharlo. Te causó mucha ternura cuando te contó del concierto de Quirquiña al que asistió hace quince años con la mujer que se convertiría en su esposa. Ponías “Clausura” en Spotify y Niro se emocionaba.

¿Qué habrá pensado cuando tú escuchabas “No se olvida” o “Chega de saudade” y cantabas casi sin querer, luego con mucho querer y, finalmente, con toda la voluntad del mundo? ¿Cómo se ve un escritor en pijamas y despeinado cantándole a la vida, aunque la vida real esté en otra parte? ¿Qué hará Niro en estos instantes? ¿Cuántas bocanadas de aire le caben a su cuerpo en dos, tres segundos? Entrás a Whatsapp para escribirle. En su foto de perfil aparecen su esposa y su hija.